

Escatología en nuestro tiempo, Hans Urs Von Balthasar.
“Las cosas últimas del hombre y el cristianismo”

2. La muerte.

Todo el progreso de la ciencia no ha logrado esclarecer ningún fleco del misterio de la muerte; al contrario, la época de la ciencia moderna nos ha quitado incluso el barruntar metafísico acerca del destino de los difuntos que poseían los pueblos antiguos. Ellos conocían un reino de los muertos, al que descienden Aquiles, Eneas y Dante cruzando la laguna Estigia, conducidos por Caronte, y cuya entrada se encuentra en este bosque y en aquella cueva. Tenían todo tipo de contactos con los difuntos, que no sólo se manifestaban gracias al abandono de la esfera corporal, a su quedar libres de las limitaciones de la sujeción a un lugar, sino también, por ejemplo, en forma de “ánimas benditas” que podían aparecerse repetidas noches en determinados lugares, con los cuales podía mantenerse un permanente intercambio a través de un médium o con técnicas especiales, y así conocer todo tipo de curiosidades sobre los llamados mundos superiores. Terminemos de decirlo: lo que cualquier persona que piense descubre enseguida como ridículo en estos contactos –que todavía hoy se dan y se siguen buscando– es lo completamente insignificantes, lo secundarias e improbables que son sus revelaciones, que no tienen realmente nada que ver con la seriedad descomunal y patética de la muerte, con lo que ésta es en realidad: la emergencia de la criatura desde las sombras y el crepúsculo del tiempo a la luz de la verdad eterna, definitiva.

De hecho, en esto nos vemos colocados ante una decisión, pues hay dos, en definitiva, sólo dos opiniones sobre la muerte. La primera ve en ella una permanencia de lo que había, aunque transformado o más alto; proyecta de una u otra forma los contenidos de lo terrenal en un presunto más allá. A este punto de vista lo llamamos mítico. La segunda mira más allá de la vida terrena hacia otra, que sería su continuación y, con ello, también la supresión de su carácter de definitiva y absoluta ante Dios, sino que busca en la eternidad, en Dios, la verdad de la vida temporal, vivida de una vez para siempre. Éste únicamente es el punto de vista cristiano.

Es mítica toda representación de una “vida posterior” (la palabra “posterior” ya es sospechosa), en un tiempo que de alguna forma continuase su duración, que sería una copia de nuestro tiempo. Esta vida posterior aparece popularmente como una vida de sombras o fantasmal, en el hades o en un plano intermedio, inconexo, entre la realidad y la nada (plasmado en su espanto por Thornton Wilder en el último acto de Nuestra ciudad). De forma filosóficamente más elaborada, aparece en la idea de la llamada “inmortalidad del alma”, tal y como la pone Platón en boca del Sócrates moribundo, para consuelo milenario: el alma, que es una especie de destilado o de quintaesencia del hombre real, temporal, vivo, y con la que él debe conformarse cuando pierda su cuerpo y la concreción de éste; un cuerpo que ahora –puesto que ha de abandonarlo un día– maldice como una cárcel y aparenta alegrarse cuando escape de él, como si la “esencia del hombre” fuera precisamente lo espiritual, eso sutil que escapa a los sentidos y que, al parecer, es lo que permanece. Y el que desaparece es conducido a algún lugar, según se piensa, en una especie de vía o cinta transportadora, acogido, incapaz ya de actuar por sí mismo, e introducido por bellos muchachos, como el “Fausto inmortal”, en una nueva condición de vida, en nuevas esferas del cosmos, quizás en un desarrollo superior, que el hombre no puede imaginarse de otra forma que como una continuación y una superación de su pasado terreno:

“Y os dirá el corazón que todo hombre
contento con su suerte,
lo mismo aquí que allá salvarse logra,
que de la eternidad ése es el presente.
Ansía mi corazón goces sin cuento,
y deleites iguales
a los más grandes que gocé en la vida,
pero que duren por eternidades...”
 (“Superior y supremo”).

Pero tanto si se trata del “fantasma” popular como del “alma” inmortal filosófica, dos cosas desaparecen: lo definitivo del momento y el hombre de carne y hueso. Ese hombre ha sido desplazado por una abstracción (aunque sea ensalzada y glorificada) que lo relativiza todo y todo lo disuelve, de forma parecida a como se descomponen en la tumba los miembros del cuerpo. Pero ¿qué le queda al hombre, ante la descomposición de sus miembros, sino consolarse con la llamada ‘vida posterior’ de su supuesta parte más noble? El mismo Rilke, que tan patéticamente ha alabado lo absolutamente irrepetible de todo lo terreno en su novena elegía:

“Una vez cada cosa, sólo una vez. Una vez y no más.
Y nosotros también una vez. Nunca más. Pero
haber sido una vez, aunque sólo sea una vez,
ese haber sido terrenal; eso parece irrevocable”,

se ve obligado, en la primera elegía y en el soneto a Orfeo, a enviar el alma a otras instancias cósmicas: “Suavemente uno se va desacostumbrando a lo terrenal”; e igualmente el viejo Goethe, medio en serio, medio en broma, modestamente en todo caso, se deja quitar lo terrenal que ama:

“Reunir quisiera yo en un ramillete
mis goces todos, del ayer y del hoy;
y en mi alemán decir del Paraíso
el célico esplendor.
Pues fuero tiene allí todo dialecto
en que los hombres su ternura expresan,
y de arcana gramática definen la superior esencia”.

Se hace de la necesidad virtud y uno se deja llevar por la corriente que empuja espumeante, en un proceso que nos arrastra, esperando quizá desde una perspectiva superior, poder mirar nuevamente hacia el valle que hemos abandonado; eso sí es que no nos despedimos de lo que hemos sido y “decididamente” nos dirigimos a las alturas. Así piensan la eternidad los que la piensan según las pautas del cosmos, pero se ven obligados a perder ambas cosas: el hombre terrenal que está vivo y la vida terrenal que vivimos. Yerran sobre la verdad de la vida eterna, porque imaginan con su fantasía (así aparece la creencia en el fantasma) o con su entendimiento (entonces aparece la creencia en el alma) una eternidad según el modelo del pasado terrenal. Caen así en la miseria absoluta, aunque el error no sea culpa suya. En este terreno, el hombre no puede más. Hasta tal punto no puede más, que ha de prescindir de su agudeza de pensamiento e imaginación. A lo más que llega si piensa de forma concreta en una prolongación de su vida terrena es a una pálida abstracción, que además tendría el efecto desconcertante de arrebatarle su concreta existencia actual.

Así llegamos a la suprema paradoja: que la única religión que no ha ido por ese camino, la cristiana, es también la única que puede salvar en la eternidad divina al hombre tal, y como éste es, no un fantasma ni un “alma”, sino el verdadero hombre real. Todas las demás religiones son por necesidad “religiones del más allá”. Únicamente el cristianismo es la religión en la que el más acá es eterno, en la que se manifiestan y albergan las dimensiones eternas y absolutas de la vida única humana y divina, que es humano-divina por el ser del Dios-hombre.

¿Cómo? En la Antigua Alianza, Dios había educado al hombre para esto tan portentoso, remitiéndolo única y exclusivamente a la realidad terrena, con una constancia que tiene apariencias de crueldad. De modo que el judío podía de hecho decir con Fausto:

“Hacia el más allá la vista nos está cerrada.
Insensato es quien dirige allí los ojos pestañeando,
quien imagina encontrar su igual más arriba de las nubes...”.

Dios quería del judío sólo una cosa: que se esforzase cada día por cumplir el mandamiento divino, por mantener en el tiempo la alianza con Dios, le ocurriera lo que le ocurriese: sufrimiento como a Job, persecución como a Jeremías, traición como a David, o tormento y muerte como a los Macabeos. Debía ser el pueblo de Dios terreno y en la carne, que viviese con esperanza precisamente así, en medio del tiempo, sin salirse del tiempo, sin extraviarse de la justicia equitativa divina, de la que únicamente recibieron una muestra (pero sólo una muestra), sin extraviarse con lo que les esperaba después de la muerte (y la perspectiva no era feliz, se dirigía únicamente a la tumba, al desconsuelo del hades), sin extraviarse con un “seguir viviendo” ni con una eventual desintegración en elementos (“El cuerpo vuelve a la tierra de la que fue sacado, el espíritu vuelve a Dios, del que procede”), sin extraviarse con cualquiera de las perspectivas engañosas puestas en el más allá. Debía vivir con la esperanza puesta en la salvación, en la existencia con Dios, que quería estar con ellos: Enmanuel. ¡Qué exageración! ¡Qué crucifixión del hombre en la oscuridad de su finitud! Sin embargo, el hombre debe aprender a no tener más huida ni esperanza que sólo Dios. Dios es su eternidad, y nada más. En Dios está la salvación, la redención y el refugio, y en ninguna otra parte. Y la salvación no está en huir de la carne, que se deja atrás, sino en la venida de Dios en carne, en la plenitud de los tiempos, en la venida de la eternidad en el tiempo. Y no hay más solución para el hombre que muere, si no es la solución que Dios ofrece: “Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dijo: ‘La paz con vosotros’. Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Pero él les dijo: ‘¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo’. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: ‘¿Tenéis aquí algo de comer?’. Ellos le ofrecieron parte de un pez asado. Lo tomó y comió delante de ellos. Después les dijo: ‘Éstas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: ‘Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí’”.

La resurrección de la carne es el único rescate posible de la existencia terrena en Dios. No se trata de un “después” ni de un “más allá”, sino de que llegue a ser eterna esta vida vivida. Entender lo nunca entendido, amar por completo, plena e infinitamente, lo que no hemos amado hasta el final. Pero todo eso en Dios, porque Dios toma esa vida y la levanta en su corazón. Esto sobrepasa toda imaginación y toda especulación. Si lo creemos necesario, podemos emplear esta última, así como su inmortalidad del alma. Pero nunca podrá explicar el milagro necesario para la solución y redención del hombre; pues no se necesita ni más ni menos que el hombre colmado de vida eterna, resucitado por Dios con cuerpo y alma de entre los muertos. Y este resucitado no tiene nada, nada, ni lo más mínimo que ver con los médium y las materializaciones de los espiritistas. El hombre perfecto, que vive de la plenitud divina, no es un fenómeno marginal ni un residuo de la existencia temporal, como los que se manifiestan en los gabinetes en penumbra de los perturbados. El Señor de la vida se apareció en la claridad de la mañana de Pascua y la fe da testimonio de Él en la plena luz de la historia.